



LA INFORMACIÓN COMO RELATO

Hernán Toro (herntoro@univalle.edu.co)
Profesor titular, Director del Grupo de
Investigación en Periodismo e
información, clasificado en la categoría
A por Colciencias.


Escuela de Comunicación Social
Facultad de Artes Integradas
Universidad del Valle.

RESUMEN

Este texto pretende mostrar cómo las escrituras periodísticas mutan en la actualidad hacia formas narrativas relacionadas con la literatura como consecuencia de diversas intervenciones históricas entre las que se destacan las nuevas tecnologías.

PALABRAS CLAVE

Discursos de la información, géneros informativos, ideología, relato periodístico.



Qué anacrónicas parecen hoy en día las clásicas formulaciones fundadoras de Paul Felix Lazarsfeld en torno a las características de la información! Para la época en que este autor levantó el mapa genético de la noticia¹, en los diarios ya coexistían todos los géneros, es verdad, (quizás dominados por la noticia y los llamados géneros de opinión, sobre todo el editorial), pero lejos se encontraban de tener la forma que hoy en día nos es dada. A diferencia de aquel momento, en la actualidad, en efecto, la entrevista, aunque tiene existencia propia y autónoma, se encuentra en buena parte devorada e integrada por la maquinaria omnívora del reportaje y de la crónica, y en algunos casos ha llegado a adquirir una forma mestiza que la híbrida con el reportaje; el reportaje y la crónica mismos están marcados por el hierro de fuego de las nuevas tecnologías al ser vaciados de la doble sustancia de la distancia (reportar, traer) y del tiempo (cronos) pues las distancias están anuladas por el alcance de la velocidad de la luz y el tiempo por la simultaneidad (Paul Virilio²); el artículo analítico trata de ocultar detrás de astutas operaciones discursivas las intervenciones de la subjetividad de su autor para, escamoteado éste en un truco de magia, proyectar un imaginario de objetividad; el artículo de opinión maquilla el punto de vista, gesto aparentemente vergonzoso, detrás de un supuesto análisis objetivo, que, en cambio, conferiría aura de científico de las ciencias sociales a quien lo profiere. Como en un caleidoscopio, las piezas que giran son las mismas, pero las figuras que ellas componen tras cada giro de muñeca difieren. Para la época de Lazarsfeld, además, las noticias de los diarios eran ampliamente herederas de un pasado reciente en el que los reportes se transmitían a través del cable.³ La preocupación por reducir el costo de los telegramas había producido un estilo de lenguaje breve y cortado, convulsivo, cariado de supresiones lingüísticas, que incidía en el abaratamiento de su envío⁴ y, por supuesto, en las formas redaccionales. Como en los trayectos largos que debe recorrer la energía y en su transcurso algo de ella se va perdiendo, homológamente la pérdida de sentido bajo estas condiciones espasmódicas era inevitable. La concisión era la regla de oro, no porque hubiese en ella un valor intrínseco que así lo dictara, sino simple y llanamente porque se reflejaba en un menor costo de producción de esa mercancía llamada «información»⁵—sagrada preocupación de los propietarios de los medios, ayer, hoy y mañana—. Los reportajes, de su parte, al ser remitidos por sus autores en forma fraccionada («por entregas»)⁶, daban del problema tratado una visión igualmente fragmentada, y sólo algunos, los más brillantes y prestigiosos de esos autores, lograban darle a sus textos la forma final de un libro unitario, espejo quebrado recompuesto, recuperando de esa manera una perspectiva total del tema abordado. Es el caso del reportero por antonomasia, Albert Londres, cuyos reportajes por entregas se convirtieron luego en libros clamorosos⁷.

En la mutación de las formas de la información han incidido también los cambios conceptuales de la noción misma de «género». En la visión clásica, la clasificación de los géneros se ha realizado en función principalmente de aspectos puramente formales. Clasificarlos, como por ejemplo lo hace Mariano Cebrián⁸, en «dialógicos/apelativos, expresivo/testimoniales y expositivo/referenciales» (quizás con el apoyo vago de las funciones del lenguaje tal como han sido definidas por Roman Jakobson⁹), proyectando una idea no claramente revelada de que cada una de estas categorías constituye una matriz hipostática de la cual son expresiones particulares los géneros concretos (entrevista, reportaje, noticia, etc.), significa ignorar que semejante taxonomía da a suponer que sus bases (diálogo, testimonio,

constatación, respectivamente) se presentan al consumo como si fueran químicamente puras. ¿Significa ello entonces que cuando hay testimonio no hay constatación? ¿En una entrevista sólo hay diálogo? ¿Una entrevista se construye sólo con interrogaciones? ¿Un reportaje sólo contiene elementos testimoniales? ¿No contiene diálogos? Todas las respuestas a los anteriores interrogantes suscitan la idea según la cual lo que se encuentra en la realidad de los discursos concretos es una fecunda mixtura y traslape de elementos surgidos de distintos horizontes, los que, clasificados por Cebrián, parecería que, al contrario, fuesen distintos e independientes. Recuérdense que una reserva semejante a la que se manifiesta en este trabajo con respecto a la clasificación de los géneros informativos ya la había expresado el mismo Jakobson en el conocido artículo antes mencionado al advertir que las funciones del lenguaje, de una parte, no siempre se encuentran todas en discursos particulares, de otra, no tienen una existencia pura, y que, finalmente, en los discursos predominan unas sobre otras. Advertencia semejante no parece encontrarse en la clasificación de Cebrián, y ni siquiera una insinuación que lo dé a entender. Pero más allá de la precariedad de estos intentos taxonómicos, lo que realmente parece suceder es que habría una disolución de los géneros que borra las diferencias por integración, por refundición, por mutación, y da lugar a la aparición, de cierta manera, de un nuevo lenguaje que, en virtud de su especificidad, demanda una consideración igualmente singular¹⁰. No se puede leer pensando que, por ejemplo, los reportajes son expresiones dadas de una vez y para siempre de acuerdo a unas fórmulas inmodificables cuya naturaleza los separaría tajantemente de los otros formatos.

Este emborronamiento de fronteras, estos traslapes y superposiciones, estas imbricaciones, híbridos y mestizajes se han vuelto todavía más complejos y densos con la aplicación intensiva de las nuevas tecnologías. El concepto mismo de «periodista» ha roto sus amarras de anclaje en los perfiles clásicos y tradicionales como resultado de estas aplicaciones; hoy en día, cualquier persona, sin el menor toque formativo profesional, se vuelve el periodista que atrapa la información, gracias a los equipos de estas nuevas tecnologías (celulares, cámaras fotográficas, grabaciones en audio ultrasensibles, cámaras de video particulares y de vigilancia institucional -de empresas privadas y de organismos de control estatal¹¹⁻), y la remite a los medios, que la publican, en ocasiones crudas, sin tratamiento alguno; los *bloggers* se han convertido en periodistas de hecho; la gente del común inserta sus crónicas y sus artículos en la red ocupando el espacio que anteriormente era de uso exclusivo de los profesionales de la información; la abusivamente llamada «interacción»¹² abre micrófonos de radio, canales televisivos y páginas de diarios a las voces del público, y los programas terminan así siendo rellenos con este material ciertamente espontáneo pero falsamente amorfo. Como lo afirma Guillaume Guichard¹³, «...los salarios [según Robert G. Picard] reflejan el valor producido. Y los periodistas, en estos tiempos, no crean verdaderamente valor». Antes, el periodista producía un valor agregado 'significativo'. Se beneficiaba de un acceso exclusivo a las fuentes, determinaba el valor de la información y la difundía a su público. En otros términos, «el principal valor del trabajo del periodista no se desprende de un saber propio sino de su capacidad para distribuir el saber de los otros»,



analiza Robert G. Picard. Es, de hecho, un intermediario. «El desarrollo de internet, de los blogs y de las redes sociales han cambiado los datos. Se acabó el acceso reservado a las fuentes: ellas se expresan por sí mismas en la red. Se acabó también el poder de seleccionar y de difundir la información: los usuarios van directamente a ver lo que les interesa entre los millones de sitios web. Y todo eso gratuitamente». Esta difusión informativa generada por personas desprovistas profesionalmente de los códigos de las escrituras por géneros (nadie llama telefónicamente a una emisora preocupado por hablar según géneros -los que, por lo demás, desconoce—) también incide en los nuevos estilos redaccionales. A los nuevos soportes mediáticos se injertan nuevas escrituras y nuevos estilos; un linaje de nuevos periodistas, capaces de sostener el mismo registro escritural, emerge en la superficie de los discursos de los medios; y nuevos públicos se forman al calor de estas nuevas eclosiones: como un magma volcánico siempre cambiante y voluble, los textos que se van produciendo a la intensa temperatura de estas transformaciones abandonan progresivamente las matrices de las cuales surgieron, como mariposas que dejan su crisálida.

Como si todo lo anterior fuera poco, una potente tendencia trivializadora de la información ocupa cada vez con mayor fuerza los espacios informativos: la tiranía del *rating*, que subraya los temas más baladíes sacrificando los intereses sociales en el altar del dinero generado por las pautas publicitarias, y la escogencia de ángulos de presentación informativa banalizados, convergen en la producción de una información anodina, sin relevancia social, inútil¹⁴. Los públicos consumen informaciones que distraen, puro entretenimiento, sopa para perros, opio para el pueblo¹⁵. Esta trivialización no se agota, sin embargo, en los temas de la agenda informativa sino que se hace extensiva a las formas de las escrituras, cualquiera que sea el medio y el soporte. El rigor se pierde, tanto en los temas como en su tratamiento, en provecho de un tono simpático y desenvuelto, del predominio del lugar común, del imperio de un mundo sin contradicciones, paradisíaco.

Hay otro tipo de cambios, relacionados más con la evolución de la lengua, cuya percepción es más difícil dado su vínculo con una institución social de tanta complejidad como es la lengua. Pero contrariamente a lo que pueda pensarse, estos cambios no forzosamente se producen después de

largos períodos. En el campo periodístico, por ejemplo, ha habido, según Érik Neveu, una evolución de la escritura. Apoyándose en otros autores, afirma que «se ha podido evidenciar en los periódicos americanos un declive del 'reportaje centrado en el acontecimiento' en provecho de una dimensión interpretativa: relatos más o menos numerosos, descripción creciente de los personajes por categorizaciones (nacionalidad, profesión) y no por razas, esfuerzo de contextualización que moviliza un número creciente de especializaciones periodísticas y reubica el acontecimiento en un contexto espacial y temporal más amplio» (Érik Neveu, 2004 : 76).

Quizás el esclarecimiento de esta mistificación pasa por entender la diferencia entre discurso y relato. En el primero, la persona gramatical de referencia es la primera (*yo*) que se dirige a un (imaginado e imaginario) *tu* a propósito de algo exterior (*el, ella*); el tiempo alrededor del cual se construye es el presente y el lugar de referencia es *aquí*, es decir, aquel en donde se encuentra el narrador. En el discurso se implica al que habla. En el relato, en cambio, la persona gramatical de referencia es la tercera (*el*), y el *yo* y el *tu* están ausentes; el tiempo es el pasado simple y el lugar de referencia es *allá*. El relato, por lo tanto, no implica al narrador¹⁶. Los discursos de la información quisieran pasar por ser relatos, es decir, pura exterioridad de los acontecimientos sin intervención de la subjetividad (y para ello se pertrechan de todos los signos exteriores que manifiestan esa condición), pero son en realidad discursos, es decir, narraciones en las que se encuentra implicado el que narra.

Para profundizar este esclarecimiento es pertinente citar en extenso a Benveniste, quien distingue «dos planos de enunciación diferentes, que distinguiremos como el de la *historia* y el del *discurso*.

'La enunciación *histórica*, hoy en día reservada a la lengua escrita, caracteriza el relato de acontecimientos pasados. Estos tres términos, «relato», «acontecimiento», «pasado» deben ser igualmente subrayados. Se trata de la presentación de hechos sobrevenidos en un cierto momento del tiempo, sin ninguna intervención del locutor en el relato. Para que ellos puedan ser registrados como producidos, esos hechos deben pertenecer al pasado. Sin duda valdría la pena decir mejor: desde el momento en que son registrados y enunciados en una expresión



temporal histórica, se encuentra caracterizados como pasados. La intención histórica constituye una de las grandes funciones de la lengua: imprime en ella su temporalidad específica, de la que debemos ahora señalar las marcas formales. 'El plan histórico de la enunciación se reconoce en que impone una delimitación particular a las dos categorías verbales del tiempo y de la persona tomadas conjuntamente. Definiremos el relato histórico como el modo de enunciación que excluye toda forma lingüística «autobiográfica». El historiador no dirá nunca *yo* ni *tu*, ni *aquí* ni *ahora*, porque nunca tomará en préstamo el aparo formal del discurso, que consiste primero en la relación de persona *yo : tu*. Sólo se encontrarán pues en el relato histórico estrictamente hecho formas de la «tercera persona». (Emile Benveniste, 1966 : 238-239). En resumen de lo dicho hasta aquí, los llamados tradicionalmente «géneros informativos» tienen una existencia históricamente determinada pues ellos no nos han sido dados de forma acabada para siempre. Es posible percibir por lo menos cinco determinantes de las transformaciones que ellos han sufrido: la transformación práctica de los géneros; los cambios conceptuales en la noción misma de «género»; la incidencia de las nuevas tecnologías; las fuertes corrientes de trivialización de la agenda informativa y de los discursos en que se expresa, y, finalmente, las transformaciones mismas de la evolución de la lengua, de ciclos temporales muy largos.

En estas condiciones, Lazarsell es un fósil, se entiende.

Las revistas llamadas informativas (del tipo *Semana y Cambio* en Colombia, *Newsweek* y *Time* en Estados Unidos, *Le Nouvel Observateur* en Francia) vehiculan su información no a través de noticias en su forma clásica sino a través de artículos analíticos, reportajes y entrevistas. La noticia parece haberse confinado en la fulgurancia de los periódicos gratuitos, cuya concepción, pensada para consumos rápidos en espacios y circunstancias de precariedad de atención, conduce forzosamente a la publicación de textos cortos y (pretendidamente) suficientes, como son los propios de las noticias.

Lo que es posible constatar, en cambio, en la lectura de las revistas de información *Semana y Cambio* es la asunción de modelos de representación mediática que rebasan de lejos las formas canónicas de la información. No se hace referencia a los textos inscritos en una vertiente que podría ser llamada «comercial», constituidos por avisos publicitarios o por publi-reportajes, cuya identidad, sobre todo la de estos últimos, no siempre se encuentra claramente delimitada y cuya incidencia en los otros textos informativos parecería inexistente (esta es una interpretación que merecería ser repensada: ¿existen realmente dos mundos en estas revistas, el de lo comercial y el de lo informativo, radicalmente diferenciados? ¿No se tenderá entre ellos alguna pasarela que los interdetermine?). Al hablar de estas formas clásicas esfumadas de estas revistas se está pensando, por ejemplo, en la noticia, entendida como la referencia antiséptica de acontecimientos; se encuentran, sí, algunos artículos abiertamente de opinión; a veces entrevistas. En fin. Los textos que mayoritariamente se publican en estas revistas son artículos que quieren pasar por ser analíticos pero que, vistos con rigor, son en verdad artículos de opinión. No a la manera de una columna de opinión, en la que el autor asume de manera inequívoca su subjetividad, sino bajo formas trastocadas y maquilladas en función de la búsqueda de un efecto: el llamado «efecto de objetividad».

Este (en verdad nuevo) formato se basa en la «comunicación» de los acontecimientos regida por los recursos clásicos de la narración tal como ésta ha sido legada por la literatura. Conviene precisar que estos textos no son reportajes, en

los que se justificaría el uso de recursos provenientes de la literatura (toda la historia de este género lo explicaría sin problema¹⁷), sino de artículos pretendidamente analíticos, cuya naturaleza impediría a sus autores el uso de una perspectiva subjetiva. Aunque, conviene decirlo, el valor adquirido por el reportaje en las primeras décadas del siglo XX era ya un anuncio precursor de los procesos de *narrativización*¹⁸ de las informaciones.

En efecto, estos nuevos relatos periodísticos utilizan las grandes categorías de la narración (narrador, acciones, personajes, estructura temporal, espacialidad). (Ya se hablará más adelante sobre la categoría de narrador en los discursos informativos). El asunto no es nuevo. Schuden, por ejemplo, (Schuden, in Neveu, 2004 : 17), dice que «Pulitzer compra en 1883 el *New York World* donde va a promover lo que Schudson designa como el registro *Story*, la *narrativización* de la información. Se trata de valorizar una información local, práctica, la cobertura de los escándalos y de los acontecimientos sensacionales, y darle formalmente la velocidad y el poder de reconstrucción de lo real de un relato realista». No es nuevo, desde luego, pero al mismo tiempo parece que es insoslayable: «El trabajo periodístico reposa fundamentalmente en dos operaciones consecutivas (Gans, 1980): la selección entre el flujo de los hechos de aquellos que van a ser constituidos en acontecimientos, y la puesta en forma narrativa, la formulación en «historias» de los acontecimientos seleccionados» (Érik Neveu, 2004 : 63). En cuanto a la integración de los personajes, habría que decir que casi todas las informaciones pasan por la historia acontecida a algunos de ellos; no a personas, que es una categoría de la vida social, sino a personajes, categoría de los discursos (y de la historia que cuentan). Neveu llama a esta característica de la información «periodismo etnográfico» y argumenta que podría ser circunscrito por cuatro marcas: «Se trata, en primer lugar, de un periodismo de reportaje. Se fija en la evocación de personas 'ordinarias': camionero en huelga, maestro confrontado a su primer curso, elector popular del Frente nacional. Utiliza voluntariamente procedimientos de citación, de técnicas de escenarización de trozos de vida. Por último, funciona invirtiendo los modos de cubrimiento ordinario de la actualidad yendo del punto de vista de los que toman las decisiones al de los efectos de sus decisiones» (Érik Neveu, 2004, 101-102). La separata de *The New York Times* que acompaña semanalmente al periódico *El Tiempo* trae en su edición del 10 de octubre de 2004 (ver anexo 1) un buen ejemplo: el artículo titulado «Competencia de camboyanos discapacitados es un triunfo» se inicia así: «Para Nhork Kimhor, el camino a Atenas empezó con un sonido que recuerda como «¡Pung!»».

Estaba parado en medio de un campo minado, pero con la estupefacción que a veces acompaña a una conmoción, pensó que alguien le disparaba. «Empecé a arrodillarme y pensé, '¿qué me pasó? ¡He perdido mi pierna!'». Y luego pensó, «debería estar muerto».

En lugar de ello, Nhork Kimhor, de 25 años, es uno de los corredores camboyanos que compitieron en las Paraolimpiadas que concluyeron en Atenas el 29 de septiembre, el equivalente de los Juegos Olímpicos para atletas discapacitados. Compitió en la carrera de 200 metros para atletas con amputaciones debajo de la rodilla; terminó en el último lugar de los seis en su eliminatoria. También compite en los 100 metros».

El caso de este atleta sirve entonces para abordar el tema central insinuado en el título del artículo no a través de un desarrollo en abstracto sino de una ocurrencia singular personalizada. Pues los personajes son entidades particulares

alrededor de las cuales se cristalizan elementos de orden general: atrapan y condensan fragmentos de significación errantes en el espacio de lo social (en su pequeña escala, dicen mucho –tendencialmente todo–, son representativos de situaciones de orden genérico, disponen de una gran fuerza significativa) y son la personificación (la encarnación) de circunstancias que, de otra manera, quedarían flotando en la indefinición de lo abstracto. De cierta forma, los personajes contienen a dosis equilibradas un carácter simbólico (de una situación dada) y un rasgo concreto (en donde aterrizan en lo humano los asuntos simbolizados).

La evocación de las personas comprometidas en un acontecimiento, integrada a una estructura narrativa, convierte a las personas en personajes, es decir, en agentes activos del relato. Su existencia es la del relato y no la de la realidad de donde provienen. Ahora bien, estos personajes aparecen como símbolos representativos de una situación determinada. Así, por ejemplo, el informe del incendio de unas casas de una barriada popular se narrará desde la perspectiva de una de las víctimas de la tragedia (dónde se encontraba, qué pérdidas tuvo, qué ayudas espera, etc.) y no desde el acontecimiento mismo. Lo acontecido a la persona pasa a ser una especie de síntesis y de símbolo del incendio, y éste se vuelve legible a través de lo ocurrido a la persona. El personaje consultado simboliza el incendio. Ahora bien, esta simbolización cumple simultáneamente con la función de personalizar la situación, de tal manera que, por una parte, se «humaniza» el hecho crudo y, por otra, la voz del personaje reduce la multiplicidad de las visiones y condensa en ella todas las voces posibles, al menos las que emanan, en este ejemplo hipotético, del campo de las víctimas. Otras voces, pertenecientes a otros estatus (por ejemplo, el de las autoridades), aparecerán a su turno representadas por otros personajes (bomberos, alcalde, etc.) con el fin de dar la impresión de presentar exhaustivamente la diversidad de dimensiones que confluyen en el hecho referido. Esta personalización no podría ser, no obstante, tan singular como para que el personaje abandone su condición general pues es ésta la que permite la identificación de los lectores con él: su voz debe tender a ser como la voz de todos, la voz en la que cada cual (o al menos la más grande mayoría) se reconozca. En rigor, estas modalidades son propias de la dramatización, sea televisiva (reconstrucción simulada de un hecho: un atraco, un rapto), sea

escrita (reconstrucción narrada de un acontecimiento). El hecho no es referido de manera directa (tarea propia de la noticia) sino por intermedio de una escenificación.

Notas

¹ Nota sobre Lazarsfeld.

² Estos conceptos cruzan transversalmente la obra de Paul Virilio. Ver sobre todo Virilio, Paul, 1991, 1996.

³ Cf. Boyd Barret, Oliver y Michel Palmer: 1981.

⁴ Estilo que, por lo demás, se trasladó a las comunicaciones entre particulares: «Enviósele documentos paquete punto repórtese recibo punto»; cosas así.

⁵ Valdría la pena reflexionar sobre la posibilidad de que acaso también se haya dado relieve artificiosamente al concepto de «concisión» para deslizar enmascarada la idea de «mutilación». Pues mutilar es reducir pero no resumir.

⁶ No podía ser distinto dadas las condiciones tecnológicas de la época.

⁷ El primero de ellos, que sirvió luego como modelo para los siguientes, fue «Au bagné» («En el calabozo»), libro que recopiló, con algunos cambios, las 27 entregas que Londres había hecho desde la Guyanne francesa para el periódico *Le Matin* relatando las atroces condiciones de vida de los presidiarios en ese departamento francés.

⁸ Cebrián, Mariano, 1992.

⁹ Jakobson, Roman, 1984.

¹⁰ Si estas nociones se usan todavía en el presente artículo, no hay ninguna otra razón distinta a que la negación tan categórica de una terminología tan sedimentada requeriría una sustentación más profunda y minuciosa. Aquí sólo se enuncian los rasgos más destacados (y rudimentarios) de esa impugnación.

¹¹ Vitalis, André, 1998.

¹²Se trata de una interacción abusiva porque ésta supone equilibrio y simetría; lo que ocurre en esos encuentros «interactivos» es una falsa equidad.

¹³ «Les journalistes méritent le SMIC» in Media & Pub E 24. (www.media&pub.com). «Los periodistas merecen el SMIC». SMIC: salario mínimo en Francia.

¹⁴ En el noticiero televisivo de Caracol (12 ó 13 de mayo de 2009), el titular «Vargas Lleras se lanzó al agua» precede a una muy larga información en la cual se presenta a este político nadando en un río: por encima de sus planteamientos políticos, que nos interpelan a todos los que sufrimos este país, se privilegia el lado más banal de su personalidad.

¹⁵ La diversión no tiene nada que ver con la distracción, asimilable al entretenimiento; ya Bertolt Brecht había hecho esta precisión a propósito de la función del teatro: mientras el que se divierte goza, el que se distrae se aleja. Para Brecht, el teatro debía divertir.

¹⁶ Ver Annick Mauffrey, Isdey Cohen y Anne-Marie Lilti, 1983 : 8.

¹⁷ Remito a un lector eventualmente interesado a mi libro *El Reportaje: un género estallado*, Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, 2004.

¹⁸ El término es evidentemente un neologismo (o un barbarismo) homologado de Érik Neveu.

BIBLIOGRAFÍA

- Boyd-Barret, Oliver y Michel Palmer (1981). *Le traffic des nouvelles*. Alain Moreau, París.
- Benveniste, Émile (1966). «Les relations de temps dans le verb francais» in *Problèmes de Linguistique Générale 1*. Gallimard, Paris.
- Cebrián, Mariano (1992). *Géneros informativos audiovisuales*. Cátedra 3, Madrid.
- Guichard, Guillaume (2009). «Les journalistes méritent le SMIC» in *Media&Pub E24* (www.media&pub.com).
- Jakobson, Roman (1984). *Ensayos de lingüística general*. Ariel, Barcelona.
- Londres, Albert (1992). *Oeuvres complètes*. Arléa, Paris.
- Manffrey, Annick, Isdey Cohen y Anne-Marie Lilti (1993). *Grammaire française*. Hachette, Paris.
- Neveu, Érik (2004). *Sociologie du journalisme*. Éditions La Découverte, Paris.
- Toro, Hernán (2003). *El reportaje: un género estallado*. Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali.
- Virilio, Paul (1991). *L'écran du dessert*. Galilée, Paris.
- Virilio, Paul (1996). *Cybermonde: la politique du pire*. Textuel, Paris.
- Vitalis, André (1998). « Le regard omnipresent de la videosurveillance » in *Le Monde Diplomatique (#528)*, Paris.